



"No empujen"

Memoria

Experiencia jesuita e
identidad cultural
*Ad maiorem Dei
gloriam*

Horacio Crespo

Horacio Crespo es Secretario de
Redacción de la revista Estudios

ESTUDIOS • Nº 5
Julio 1995
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

Recientemente, Jean Lacouture —el reconocido biógrafo de De Gaulle, Ho Chi Minh, Mendès-France, entre otros grandes del siglo— ha reactualizado el interés de un público extenso acerca de un tema meridiano: la historia de la Compañía de Jesús, que se alarga ya por más de cuatrocientos cincuenta años. En dos gruesos volúmenes, resultado de una labor fascinante y, a la vez, desmesurada, ha elaborado un relato —suerte de biografía colectiva dominada por la deslumbrante figura de Loyola— que nos asoma a una de las más notables empresas de la Modernidad. Que, debemos precisarlo, no fue *resultado* de esa trascendental inflexión del espíritu occidental, sino singularidad constituyente en la experiencia fundacional del hombre *moderno*, fermento pródigo en el corazón de la tormenta religiosa del siglo XVI que le dio forma: el terreno de Erasmo, Lutero, Calvino y el propio Ignacio, campo que Febvre y Bataillon desbrozaron para la comprensión de sus grandes caminos, bifurcaciones y encrucijadas.

Y a la vez que protagonista en el alba de lo moderno, la Compañía ahora, en este crepúsculo epocal y civilizatorio que soportamos, lo es de ciertas audacias y heterodoxias —de las que por lo demás su historia es generosa—, que deben contarse entre las insinuaciones más sugerentes de este tránsito de milenio en la búsqueda de alternativas de organización política, social y cultural y de la improbable, sino imposible, conjunción del humanismo con la técnica.

Lacouture aborda sin complejos la historia de esta élite admirada cuanto vilipendiada, respetada a la vez que temida, a la que se reverencia sin por eso soslayar las opacidades de la duda. Atrevimiento intelectual, en cuyo resorte inicial puede adivinarse el hecho de ser el autor un antiguo discípulo de esos “padres” que, ávidos de influencia, hicieron de la educa-

ción de jóvenes intelectualmente dotados y prometedores uno de sus instrumentos de acción más eficaces. Sin estridencias, disponemos con sus libros de un camino de acceso hacia el interior de esta mítica milicia católica, rodeada siempre del hábito del misterio cuando no de la sospecha, escudada en una cuidadosa reserva mantenida sin grietas aún en nuestros tiempos indiscretos, en los que los silencios más prestigiosos han cedido a las tentaciones del escándalo y de la inmediata notoriedad.

La “cuestión jesuita” tiene muchas aristas y sigue generando duras controversias. La capital, sin embargo, remonta a sus orígenes: la compleja relación de Loyola con el humanismo y, todavía más revulsivo para las nociones de uso corriente, con las ideas de quien encarnó como ningún otro la tolerancia y la apertura en una época en la que todavía la reconciliación cristiana parecía posible: Erasmo. Es necesario admitir una trayectoria más matizada que la acostumbrada y retórica imagen de un Ignacio cegado por las iras de la Contrarreforma; o, aun peor, genio y figura de paladín anticipado del integrismo católico. En realidad, lo que emerge es un Loyola que muda de caballero a ermitaño, de ermitaño a peregrino, de peregrino a doctor de la Sorbona, un sospechoso de herejía vigilado por la Inquisición, una figura heterodoxa vista con extrema desconfianza por las jerarquías establecidas. Es en esta trayectoria parabólica entre el mendigo iluminado de la cueva de Mancera al organizador visionario abierto al arte de lo posible en donde debe situarse la clave de la nueva Orden.

Audaz reinterpretación centrada en la peripecia vital de Ignacio, en la unidad contradictoria de las honduras del misterio místico y del fuego abrasador de la mortificación iluminante junto al encuentro con una humanidad cuya diversidad es aceptada sin exclusiones ni reparos, y asumida no como imperfección limitadora sino como reflejo de la gloria magnificente de la creación. De allí a la matriz de un proyecto misional sincrético que alcanzó su cenit en las fundaciones guaraníicas, sólo media el impulso febril de un Francisco Javier y el ejemplo de maleabilidad y trabajo constante, calculado y signado por la creciente racionalidad de la ciencia europea que animó a un Mateo Ricci, el venerado Li Mateu de la corte imperial de Pekín.

La Sociedad de Jesús surgida en la intersección del espíritu de Cruzada con el polivalente hombre del Renacimiento. Pero, ¿no es éste precisamente el impulso inicial de la España imperial, la del emperador Carlos, la que a pesar de la labor terrible de los Reyes Católicos aún se reconocía en el crisol multicultural de cristianos y judíos y musulmanes semiconversos? Espíritu sólo apagado –y no sin resistencias múltiples– por el celo integrista emanado de Trento y el autoritarismo burocrático del segundo Felipe.

Nacida en el hervidero religioso, ideológico y cultural de los años centrales del siglo XVI, la Compañía de Jesús anidó en la contradicción, o mejor –como dice Lacouture– en la paradoja, instalada “en el corazón mismo del proyecto jesuita”: luchar por la gloria de Cristo bajo la deliberada sumisión, extremada hasta la más ciega obediencia, a un poder caracterizado por la mezquindad temporal y la ruindad

nos, pero que fue apagando el fuego de los inicios. Sólo el acto misional y la inquietud y rigor intelectual, entrelazados en una gran curiosidad y respeto por el Otro, siguieron siendo fieles al espíritu original.

Es ocioso detenerse aquí en la mención de los múltiples avatares de la Orden en sus primeros siglos, salvo el subrayar su protagonismo en la Europa del absolutismo y de la primera expansión mundial. Luego, el sacudimiento de las sucesivas expulsiones, y la supresión de 1773, resultado del odio de los Borbones pero también, en la acertada opinión de Ranke, de la terca sujeción al principio de la supremacía de la Sede romana en un mundo que ya no podía admitirla. Los capítulos siguientes de la historia jesuita pueden enumerarse sucintamente: sobrevivencia condicionada en Prusia y Rusia, los trabajos y los días del exilio de los misioneros expulsos, el restablecimiento de la Orden, en 1814, para inaugurar un periodo poco glorioso como heraldo del reaccionarismo ultramontano a lo largo del siglo XIX y, finalmente, el trabajoso resurgir de la Compañía en la avanzada católica de nuestros tiempos.

La aproximación a la historia jesuita no es operación sencilla, y ha sido pocas veces intentada por los laicos. Significa penetrar en el mundo de la ortodoxia católica y, a veces, situarse peligrosamente en sus límites. Significa, también, inteligir acciones y resultados cuyas motivaciones últimas nos son ajenas. Desde la intemperie del agnosticismo se observa con recelo, a veces con desasosiego, la certidumbre del hombre de fe. La tensión de un imaginario diálogo, no siempre logrado, dificulta los pasos vacilantes del no creyente en este peregrinar en terrenos pocos seguros. Las simpatías, por cierto posibles y aún deseadas, no dejan de teñirse de desconfianza, frente a una empresa asociada íntimamente a la expansión europea, que doblaba en el terreno espiritual a la conquista imperial de pueblos y territorios.

Y, sin embargo, reconociendo todo esto, la empresa jesuita fue mucho más. El reconocimiento del Otro, en lo que los Padres fueron principales actores, tendió el puente sobre el que se elaboró por fin el anticolonialismo activo, ese ponderable esfuerzo de Occidente para elaborar el revés de la trama de su historia terrible. Esta contribución jesuita no resultó un desgajamiento residual, estaba presente en el corazón de los caminos misionales. Y, por último, en estas consideraciones donde im-

pera lo social y lo político, donde el aspecto religioso es casi soslayado, ¿no estamos eludiendo lo central? ¿no resulta por lo menos equívoco situar en un lugar secundario aquello que los propios actores consideraban el sentido casi único de su práctica? ¿no estamos echando un poco en saco roto aquel saludable reparo de Febvre cuando advertía que Lutero, espíritu religioso por excelencia, había sido convertido por un artilingo reduccionista en un *político* alemán, olvidando la centralidad de su experiencia religiosa?

Esta primera incursión en territorio jesuita no es gratuita. La Compañía es parte de la tradición cultural de Córdoba en una medida que todavía no ha sido aquilatada debidamente. La Orden tuvo una presencia constituyente desde principios del siglo XVII, y su labor fundante en una institución tan decisiva en la historia cordobesa como es la Universidad, tiene alcances vastos y apenas entrevistados. Debemos reconocer, sin embargo, y en estricta justicia, que la obra de Cabrera, Grenón, Gracia y Furlong han acotado un terreno de investigación, que sin ellas sería mucho menos claro y definido. Tributarios, más de lo que imaginamos, de una cultura laica, agnóstica, heredera del positivismo agresivo y desafiante del juarismo y de la militancia franca de la Reforma, que hemos recogido en las primeras entregas de esta sección de nuestra revista, queremos en esta edición de *Memoria* reactualizar otros sonos más amplios, recoger unas páginas de un singular representante de la tradición jesuita, componente legítimo de una identidad cultural que debemos recuperar en su integridad y multiforme pluralismo.